

El camino hacia Beijing y las suegras del feminismo

Sonia Montaña Virreira

La reunión Preparatoria de la IV Conferencia Mundial de la Mujer me sirvió para ensayar algunas de las ideas en torno a la historia reciente del movimiento de mujeres a nivel internacional. Por un lado, siento que es extraordinario el avance registrado en los últimos años y que ha cristalizado en las Conferencias de Naciones Unidas. Por otro, siento que ha habido un desgaste tal de energía y creatividad que pedir el apoyo de la suegra -feminismo al margen- puede ser terriblemente complicado.

Quiero disculparme de antemano por recurrir a lugares comunes de nuestra cultura patriarcal para ilustrar lo que siento que nos está ocurriendo. Empecemos recordando lo que Peter Waterman, introducido al feminismo latinoamericano por nuestra amiga Gina Vagas, ha señalado: el movimiento de mujeres es hoy por hoy el único movimiento social internacionalista. Las mujeres somos las únicas que hemos logrado construir una enredadera con la sola savia de nuestra lucha y nuestras pasiones. Contrasta nuestro internacionalismo con el de las corporaciones cuya razón de ser no es otra que el lucro e inclusive con el internacionalismo burocrático de muchos sindicatos. Esta vitalidad, que no hace otra cosa que expresar la pujanza de nuestras propuestas en el contexto latinoamericano y mundial, nos ha permitido impulsar cambios fundamentales en el escenario internacional.

A mi modo de ver, la primera década de la mujer, luego de 1975, estuvo caracterizada por nuestros esfuerzos por visibilizar a la mujer. Me refiero a la mujer como concepto abstracto que nos identifica, sin desconocer que somos, que duda cabe, múltiples y diversas. Desde la reivindicación del trabajo doméstico hasta el derecho a construir espacios propios y autónomos, pasamos muchos años construyéndonos como alternativa al poder patriarcal, pero desde una mirada fundamentalmente volcada sobre nosotras mismas.

Sin embargo, la segunda década, posterior a Nairobi, nos fue abriendo la posibilidad, no solo de construirnos a nuestro antojo, sino de transformar el poder y redefinirnos frente a él en diálogo igualitario. Fue el paso de la protesta a la propuesta. Ahí se mostró la fecundidad de nuestro/s movimiento/s.

En Río de Janeiro, en 1992, dimos vuelta el concepto de desarrollo sostenible y recuperamos nuestros lazos con la tierra, no sólo para reproducir la vida sino para cambiar. Viena en 1993 el escenario de otro cambio fundamental: nuestros derechos de mujeres también

son humanos y la lucha contra la violencia doméstica es indispensable para construir la democracia. Quizá lo más notable fue tener en El Cairo a tanto caballero discutiendo sobre el aborto y los derechos reproductivos, sacarlos del acartonamiento de las conferencias de tecnócratas para discutir aquello que hace a la vida cotidiana de millones de mujeres. No estaban allí para discutir el crecimiento del PIB. Con todas las limitaciones, ganamos una batalla, pues sabemos que nada más reconocer el aborto como un problema de salud pública o impulsar políticas de respeto a la libre elección de personas e individuos son el comienzo de transformaciones políticas programáticas y sociales en cada uno de nuestros países. En El Cairo, logramos, por primera vez, que los gobiernos pusieran en el centro de sus debates nuestros derechos y negociamos exitosamente, pese a todos los recortes y concesiones necesarios en todo proceso de negociación.

Copenhague fue el corolario. Las mujeres impulsamos un viraje en los conceptos de desarrollo y sin nosotras no habría sido posible reconocer algo fundamental: es necesario revisar las políticas de ajuste, es necesario potenciar a la sociedad civil, es imprescindible la igualdad entre hombres y mujeres.

Fueron muchos partos, desde Rio hasta Copenhague, y me da la impresión de que en todo ese proceso fueron convergiendo muchas corrientes de pensamiento que se aproximaron al proceso de la misma manera que algunas suegras se acercan a la nuera parturienta: para aliviarla de los dolores del parto y expropiarle su autonomía.

Durante las conferencias anteriores, se construyeron muchas alianzas que hicieron posibles los avances, pero dialécticamente, como dirían los marxistas, esto abrió las puertas para que corrientes conservadoras establezcan otro tipo de articulaciones regresivas que buscan construir un lenguaje de ambigüedad para abrir el paraguas de Beijing a tal punto que el enfoque de género sirva para cambiar sin que cambie nada.

En los últimos 20 años, las mujeres hemos cruzado varias fronteras, de la marginalidad al poder, de la sociedad al Estado, de la protesta a la propuesta: nos hemos hecho visibles y hemos logrado, además de llamar la atención sobre nuestros deseos, transformar la manera de ver el mundo. Hemos conseguido que tecnócratas, sacerdotes, presidentes y burocratas se conviertan en aliados o respetuosos adversarios. Pero parece que en todo ese proceso hemos dejado abierta la puerta para que los suegras del feminismo nos expropien el discurso, nos quieran arrebatar las instituciones y nos conduzcan al "justo medio" que es el lugar de la mediocridad. Por todo ello, creo que es necesario repensar nuestras estrategias, nuestras alianzas, y en la utilidad de querer parir tantos cambios con tanta frecuencia, sin pensar que en algún momento quizá sea más útil consolidar lo ganado y pasar a la acción, que es donde definitivamente nuestros países mostrarán su voluntad de cambio.

